REPORTAJES, COLABORACIONES Y CRONICAS DE TODO EL MUNDO

COLABORACION

DE LA NUEVA EDAD DEL HIERRO A LA NOVISIMA DEL CRISTAL

En la escala de la fragilidad de los cuerpos, el hierro y el cristal ocupan puestos muy distantes, como si un mundo insondable los separase. Están tan lejos el uno del otro, son tan diferentes en su resistencia al trauma, que una sociedad formada bajo los manes del hierro tiene que ser distinta en esencia y potencia a otra crecida al calor del imperio del cristal. Las civilizaciones prehistóricas nacieron y se desarrollaron bajo dioses distintos: la Edad de Piedra, la Edad del Hierro, la Edad del Bronce. Aunque mucho más próximos y parecidos unos a otros, el paso del imperio de una Edad a la de otra, fué obra de generaciones, quizá de siglos. Se trataba de grandes estadios difíciles de determinar.

Sin embargo, en nuestros días, hemos pasado apenas sin darnos cuenta, de la noche a la mañana como quien dice, de una nueva Edad del Hierro a la novísima del Cristal, sin que hayamos hecho nada por nuestra parte. Han sido los Bancos los taumaturgos que han operado tan radical transformación, de una manera insospechada, insólita, lo mismo que si se tratara de una audaz jugada de Bolsa.

Ayer, sin ir más lejos, los Bancos no se fiaban de la sociedad ni de sus hombres. Acaso pensaban que en cualquiera de nosotros había un gangster en potencia capaz de penetrar en su recinto, en las sombras de la noche, para llevarse a cuestas el tesoro que encerraban y que, a juzgar por las seguridades que ponían en su guarda, se podía pensar que se trataba del tesoro de la isla encantada. Para tratar de defenderlo, construían sus edificios en sillares de la mejor piedra, acorazaban sus puertas con fuertes chapas de hierro, o de acero quizá, a prueba de soplete, y cerraban sus ventanas con verjas de unos barrotes carcelarios que nadie podía forzar. Por sospechosos que fuéramos, y por fundadas que estuvieran las sospechas, los consejeros bancarios podían dormir tranquilos. La Edad del Hierro velaba su sueño y su tesoro.

Pero hoy, hoy nada más, esos señores consejeros, que por lo visto son muy comprensivos y están siempre dispuestos a rectificar sus errores, cueste lo que cueste, cuando se dan cuenta de que los han cometido, han debido comprender que sus temores eran totalmente infundados. En toda la amplitud de la sociedad no hay un gangster digno de atención, ni siquiera un vulgar ganzuista; todos somos probos, honrados a carta cabal, casi seráficos. El tesoro de la isla encantada e incluso el del pirata, no necesitaban de piedras sillares, ni de puertas acorazadas, ni de verjas de hierro, que los guarden. Basta con un cierre simbólico que puede ser incluso transparente, un frágil cristal. El hombre en particular, quienquiera que sea, y la sociedad en general, no inspiran a los consejeros de los Bancos el menor temor. No nos creen capaces ni siquiera de malos pensamientos. Por eso no ocultan nada. ¡Qué mundo más delicioso el de nuestros días!

En su consecuencia, los nuevos edificios que levantan los Bancos ya no se construyen con sillares, ni con puertas de chapa, ni verjas de hierro. Sólo cristal, todo cristal.

El fenómeno es muy importante para que pueda pasar inadvertido. ¿A qué se debe?, ¿qué ha sucedido? ¿Es que los consejeros bancarios tenían un concepto falso del hombre y han rectificado su juicio? ¿Es que han cambiado la sociedad y sus hombres de manera tan radical que antes sólo nos deteníamos ante el hierro y hoy nos contiene un simple cristal? ¿O será acaso que antes tenían los Bancos mucho dinero y ahora no, y en su consecuencia han creído innecesarias tantas garantías?

No es fácil penetrar en el fondo de las cosas, porque a lo mejor todo se debe a que los banqueros han querido dar a sus establecimientos un aire alegre y frívolo de cafetería, con el deseo de cambiar de clientela. Se comprende perfectamente. Siempre es más agradable, tanto para los consejeros como para los empleados, recibir en el despacho o en la ventanilla, a una jovencita mona y vistosa, con aire de pedir un batido, que a un señor obeso y ventrudo que, a lo peor, tiene la ocurrencia de solicitar un crédito.

M. CIRIQUIAIN GAIZTARRO

Carta de Buenos Aires

Impacto del Mercado Común Europeo

Cuando Francia, Italia, Alemania occidental, Holanda, Bélgica y Luxemburgo pactaron esa progresiva unidad económica denominada «Mercado Común Europeo», no sólo ponían en marcha algo capaz de alterar profundamente las líneas de comercio del Occidente, sino también las de sus zonas de influencia en Asia, Africa e Iberoamérica. El Mercado Común de la Europa occidental, que en Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile se definió como un «Zollverein» o como una «Custome Unión», fué visto por muchos como una barrera para mercaderías latinoamericanas que sufren la competencia africana en el mercado europeo. En cierto modo ello era previsible y los exportadores de la rica zona agrícola-ganadera del Río de la Plata comenzaron a pensar en mercados de reemplazo. Este ha sido un impacto real, ya que la entrada en el Mercado Común Europeo de los territorios africanos vinculados por distintos «status» a los Gobiernos occidentales, implica la aparición de una competencia privilegiada. Esta competencia privilegiada obligó a países «subdesarrollados» o «en desarrollo» como la Argentina, a encarar los siguientes puntos: primero, aceptar de una vez por todas las recomendaciones de la CEPAL (Comité Económico para América Latina de las Naciones Unidas) en el sentido de «sustituir importaciones», si la Argentina —por impacto del Mercado Común— se veía enfrentada a una disminución de sus exportaciones a Europa, debería buscar la colocación de un mayor volumen de mercaderías en su propio mercado interno, en ese vastísimo interior argentino que aún espera un adecuado fomento industrial por zonas e inclusive una inteligente y generosa política de colonización. El fomento del mercado interno de la Argentina debía realizarse por la «sustitución de importaciones», es decir, mediante la industrialización. Argentina no tuvo alternativa, como tampoco la tuvo el Presidente Frondizi. La defensa del equilibrio de la balanza de pagos obligaba a una readecuación semejante de la dinámica económica del país.

El otro problema que debió encarar la Argentina frente al impacto del Mercado Común Europeo fué la cuestión de si se saldría a comerciar fuera de las áreas tradicionales, conformándose con una simple sustitución de mercados o si, en cambio, se optaba por una transformación profunda y definitiva de la estructura tradicional argentina, aceptando la del Mercado Común Europeo.

La salida de Arturo Frondizi fué vigorizar el mercado interior, cuyos consumos estaban o estancados o muy poco desarrollados, mediante un positivo avance tecnológico de las industrias madres, que son el basamento ineludible de la economía argentina y lo seguirán siendo por muchos años.

En realidad, esta política, aconsejada como hemos dicho por la CEPAL, debería seguirla toda el área del Río de la Plata, como una unidad. Mientras se impulse la industrialización básica de la región deberán buscarse las fórmulas que hagan viable un Mercado Común Regional que incluya al Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile y la Argentina. El sur de Sudamérica habrá recogido así el reto lanzado por las naciones del Occidente europeo y habrá dado vida a un nuevo Mercado Común, no necesariamente competidor y sí, con seguridad, muy buen cliente.

Por otra parte Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile y la Argentina ya están creando un sistema propio que no pone en riesgo los dispositivos interamericanos de la OEA (Organización de Estados Americanos) ni contradice los pactos vigentes de defensa mutua hemisférica. Ello es así porque el objetivo comunitario,

(Sigue en quinta plana.)

El aperitivo recomendado para la salud

El Doctor en Medicina, J. BURNETT, de Londres, escribe: «La cerveza constituye un excelente aperitivo». (1). Transforme su salud. Desde hoy, vaya a pasar un momento agradable a su bar o café y regálese con una buena Cerveza "EL LEON" elaborada con agua de Articutza en los Pirineos. Exquisita y refrescante.

(1) Medical Times 1935

Carta de Roma

La flota mercante italiana se rejuvenece

Los nuevos compromisos asumidos por el Ministerio de la Marina Mercante hasta ahora, en lo que se refiere al desguazamiento de barcos viejos y a la construcción de nuevos, sobre la base de la ley del 24 de julio de 1959, ascienden en conjunto a 400 millones de liras y permiten eliminar de la flota mercante italiana otras 51.000 toneladas de barcos viejos y antieconómicos, y construir unas 49.000 toneladas de flota nueva. Esta posterior intervención del Estado para acelerar el proceso de rejuvenecimiento y mejoría cualitativa de la flota italiana, mediante la eliminación de barcos poco eficientes, se añade a una serie de providencias adoptadas anteriormente para ayudar a la Marina Mercante italiana a superar una crisis muy difícil, determinada en todas las Marinas del mundo más o menos sensiblemente, por el exceso de tonelaje en relación a las exigencias del tráfico.

Gracias a las nuevas contribuciones ministeriales y a las iniciativas adoptadas tanto por armadores subvencionados como por armadores libres, ya en 1959, entre desguazamientos y ventas al extranjero, la flota mercante italiana había sido liberada de más de 367.105 toneladas, e integrada con la puesta en servicio de 283.243 toneladas de barcos nuevos, por lo que se había producido una reducción de 59.171 toneladas.

No obstante, se puede afirmar que a pesar de la reducción del tonelaje, por otra parte despreciable, la flota mercante italiana presenta hoy un grado de eficiencia que la hace más idónea para asumir su tarea en el marco de la economía italiana. Y añadiremos que, a finales de 1959, Italia, con sus 3.878 barcos, que desplazaban en conjunto 5.060.681 toneladas, ocupaba el sexto puesto entre las Marinas mundiales, después de Estados Unidos, Inglaterra, Liberia, Noruega y Japón.

Un examen detallado de las variaciones producidas en la flota mercante italiana permite destacar que el año pasado, en relación con el anterior, la construcción de barcos pasó de 33 a 45 unidades, y de 220.417 toneladas a 283.243, mientras las adquisiciones del extranjero pasaron de 51 a 29 barcos y de 141.850 toneladas a 43.975. En conjunto, pues, entre construcciones y compras, se pasó de 84 a 74 barcos y de 362.267 toneladas a 327.218.

En el campo de las disminuciones se ha registrado una de 43 unidades y 268.044 toneladas, contra 15 unidades y 70.020 toneladas por ventas al extranjero, mientras los desguazamientos han quitado a la flota 37 barcos y 152.061 toneladas, contra 31 barcos y 133.721 toneladas. En total, pues, en 1959, el registro naval italiano aumentó en 80 barcos y 367.105 toneladas, contra 46 y 203.741 toneladas en 1958.

Hay que hacer una consideración importante al valorar la eficiencia de los transportes marítimos italianos, en relación con los barcos según sus años de servicio. El 31 de diciembre de 1959, el tonelaje de la flota italiana no superaba en un 41,2 por 100 los diez años de edad, y solamente el 19,5 por 100 tenía más de veinte años. Queda claro, al respecto, que la flota italiana no ha sido nunca tan moderna, según resulta del hecho de que, en 1938, los barcos de menos de diez años eran el 11 por 100 del tonelaje total, y los de más de 20 años casi el 50 por 100, y que en 1953 esos porcentajes habían pasado al 37,2 y al 36,5.

Estos datos son todavía más significativos si se tiene en cuenta que las sociedades subvencionadas del grupo «Finmare», desarrollando el plan preparado para mejora de sus servicios, han encargado la construcción de un conjunto de unidades que comprende unas 142.000 toneladas, incluyendo dos barcos de 38.000 toneladas cada uno, destinados a la línea de Norteamérica; dos de 24.000 toneladas para la línea de Australia; uno de 3.000 para la línea Dalmacia-Pireo; uno de 4.400 para el trayecto entre Brindisi y Jagoumenizza y, finalmente, dos barcos de tipo especial, de 5.500 toneladas, para el servicio entre Civitavecchia y Olbia.

En el terreno de los armadores libres hay que destacar las notables realizaciones conseguidas con la entrada en servicio de numerosas unidades nuevas, construídas con arreglo a los últimos detalles de la técnica.

Como se ve, la flota mercante italiana, que salió de la guerra en condiciones desastrosas, seguramente peor que cualquier otra flota, ha sabido reconquistar un honroso puesto en el mundo y superar las graves dificultades de estos últimos años, de tal manera que hoy se encuentra en un plano que le permite ofrecer una notable aportación a la economía italiana y disputar con buenos resultados la competencia, encarnizada siempre, de las otras flotas mercantes, algunas de las cuales utilizan las tristemente famosas «banderas cómodas».

ARMANDO M. MORTILLA

La foto de hoy

Aunque parezca mentira, la foto está hecha en Londres. ¿Y qué hacen en Londres una bata corralera, una peineta y unos ojos tan nuestros, tan ibéricos, como los ojos de esa mujer? ¿Pueden decirme ustedes qué hace, qué puede hacer, qué se le ha perdido a un clavel en Londres?

Todo tiene su explicación... La foto, ciertamente, está hecha en Londres, pero en un oasis español de Londres. Porque no sólo habla de nosotros allí la morena —que bastaría—; el caballero que hace como que abre la puerta responde al españolísimo título de marqués de Santa Cruz y, tras la puerta, amigos, hay vino, vibrante, pícaro, estupendo vino de España...

El vino, la mocita y el marqués... Con menos, Quintero, León y Quiroga se han hinchado a cobrar tantos por ciento de la Sociedad de Autores. El vino, la mocita y el marqués... La foto nos habla del momento en que fueron inaugurados en Londres los nuevos locales de Phillips and Company, importadores de vinos españoles. Ya ven ustedes: un tío que se llama Phillips y sus amigos —que se llamarán algo por el estilo—, y que, sin embargo, saben traducir la chispa, el ángel del vino español...

La foto nos habla de ese momento y a nosotros nos gusta suponer que, poco después, cuando las copas tendieran sobre todos el buen toldo de la cordialidad, España ganó una pequeña cota... Porque es que nuestro vino apenas se para en un sitio tan prosaico como el estómago para correr jubilosamente y cuanto antes hacia el corazón...

Si, sin duda fué como un chisporroteo de todo nuestro sol entre la niebla de Londres; como un apunte de cante flamenco, entre el aire pesado, seco de puro silencioso, de un club inglés; como si a los tacones de un "gentleman" le naciera, de pronto y porque sí, el arranque de un martinete...

El vino, la mocita y el marqués... Tres embajadores de España... ¡Lástima que el marqués no tenga nada que hacer por ahí!... Con una copa en la mano, nos saldría un buen piropo. Y sin copa.

FELIX ANTONIO

Misterios que jamás se descifraron

El maleficio mortal de Tutankamon

El «maleficio de Tutankamon» mató a su primera víctima en El Cairo, el 5 de abril de 1923.

A 300 millas de allí, en el pedregoso Valle de los Reyes, tan vasto, vacío y silencioso, el sol caía sin piedad sobre las cabezas inclinadas de aquellos hombres que acababan de saber que habían perdido a su amigo y más brillante colega. El arqueólogo lord Carnarvon había muerto.

Su dolor se veía aumentado por el temor e incluso el miedo. Porque sabían que más de tres mil años atrás y en el mismo lugar en el que ellos estaban ahora, los altos sacerdotes del antiguo Egipto habían lanzado su maldición sobre todo el que se atreviera a violar el último lugar de descanso de sus reyes, como lord Carnarvon había hecho, como todos ellos habían hecho.

«La muerte descenderá con alas rápidas, habían dicho los sacerdotes, sobre aquel que tocare la tumba de un Faraón.»

Rápidamente había caído sobre el primero. ¿Cuánto tardaría en volver a descender el pájaro de la muerte?

* * *

El 30 de noviembre de 1922, el mundo arqueológico se vió sacudido por el dramático descubrimiento de la tumba del rey Tutankamon en el Valle de los Reyes, en la orilla oeste del Nilo.

Durante seis inviernos consecutivos, el famoso arqueólogo lord Carnarvon y el pesado Howard Carter, de cabellos grises, se habían afanado bajo el sol egipcio, excavando la necrópolis real de Luxor.

Su intención era encontrar la tumba del único miembro por descubrir de la décimooctava dinastía egipcia: Tutankamon, el rey-niño.

En octubre de 1922, su fe y su paciencia iban a verse recompensadas, porque ya habían decidido que si el final de la estación no les reportaba nada positivo, la búsqueda sería abandonada definitivamente.

De pronto la suerte les sonrió.

El 4 de noviembre, Howard Carter, que se encontraba trabajando solo, descubrió un peldaño cerca de la tumba de Ramsés VI. Treinta y seis horas más tarde, y tras haber pasado varias horas de enfebrecida excavación, ya sabía que debajo de la tumba de Ramsés había otra, guardada por una gruesa puerta de piedra, sobre la que apenas se podía distinguir el sello de la necrópolis real tebana.

Entonces se produjo un retraso de tres semanas, porque lord Carnarvon, que se encontraba en Inglaterra visitando sus propiedades, tuvo que volver a la urgente llamada de Carter. El 26 de noviembre lograban identificar la tumba como la de Tutankamon.

El secreto fué mantenido durante tres días, mientras Carter y lord Carnarvon, ayudados por sus asistentes, penetraban en la antecámara y, a la luz de pilas eléctricas, contemplaban atemorizados aquel espectáculo no presenciado por ojo humano alguno desde hacía tres mil años.

Las estatuas del rey se levantaban cual centinelas silenciosos a la entrada del sepulcro. A su alrededor —sombras oscuras que se alargaban por efecto de las luces— habían dispersos un trono real y literas, carros de guerra, cajas de exquisito trabajo, vasos de alabastro, provisiones para el muerto y ropas suntuosas.

Había como un sentimiento de temor y culpa entre los hombres, que ahora permanecían callados de pie a la entrada de la tumba silenciosa. Como exploradores de una frontera desconocida, no se atrevían a tocar nada, hasta que el ansia de saber les hizo dar los primeros pasos.

A mediados de febrero de 1923, lograban penetrar en la cámara sepulcral, en la que encontraban muchos más tesoros, entre ellos un cofre de piedras preciosas y un recipiente de alabastro del que se desprendía un aroma de rosas.

Fué entonces cuando de acuerdo con algunas informaciones, el «maleficio de Tutankamon» salió del pasado y alcanzó a su primera víctima.

Mientras los otros contemplaban maravillados aquellos tesoros, lord Carnarvon procedió a examinar el vaso, que era tan delicado que la cerilla con la que lo alumbraba parecía transparentarse a su través. Puso su mano dentro y un segundo más tarde la retiraba profiriendo un agudo grito.

En la yema de un dedo, inexplicablemente, tenía una pequeña gota de sangre.

Siete semanas más tarde, tras haber estado entre la vida y la muerte durante tres días, falleció.

El misterio de una civilización muerta rodea al «maleficio de Tutankamon». De los 21 hombres que asistieron a lord Carnarvon en la apertura de la tumba, todos menos uno murieron antes de trece años. La mayoría de ellos eran de mediana edad y salud robusta.

El «maleficio» persiguió y acosó a las víctimas sin piedad en el correr de los años, haciéndoles desaparecer a todos, ya fuere con un accidente fatal, con un suicidio o aquella extraña enfermedad (especie de neumonía) que había acabado con lord Carnarvon. Parecía que todo intento de escape era imposible.

Los rumores del «maleficio» ya eran públicos cuando la desconsolada viuda de Carnarvon, que había ido a El Cairo a atender a su marido moribundo, encargó pasaje para un buque que se dirigía a Inglaterra. Tras leer que los sacerdotes egipcios habían predicho la muerte de su marido, muchos de los que tenían que viajar en el mismo barco cambiaron rápidamente de medio de transporte.

Pero la segunda víctima no fué lady Carnarvon, sino el teniente coronel Aubrey Herbert, un miembro del Parlamento, conservador, medio hermano del lord muerto. Murió en septiembre de 1923, a la edad de 44 años, tras una operación.

Se dice que cuando se abrió la tumba de Tutankamon confesó asustado a uno de los arqueólogos: «Algo terrible va a suceder a nuestra familia».

Tras su muerte, la alarma se extendió entre aquellos que habían visitado la tumba del Faraón cuando supieron que la tercera víctima del «maleficio» era el magnate de los ferrocarriles americanos, George Jay Gould, amigo de Carnarvon; había penetrado en la tumba en los primeros días de la excavación. Su muerte fué súbita y misteriosa.

Pocos meses más tarde, en 1924, sir Archibald Douglas Reid era llamado por Carter para efectuar un examen con Rayos X de la momia de Tutankamon. Reid, famoso radiólogo, moría al cabo de pocos días a la edad de 52 años.

Un mes más tarde, otro famoso científico caía derribado por una mano misteriosa. Era el catedrático Paul Casanova, del College de France. Cuando murió se encontraba trabajando en la tumba. «Ataque cardíaco», dijeron los médicos. «El maleficio», respondían atemorizados los campesinos egipcios, acordándose de la maldición de los sacerdotes tebanos.

Siete meses después, Evelyn-White, egiptólogo que había estado en la tumba con Carter y Carnarvon, se disparaba un tiro en el interior de un taxi. Al ser examinado su cadáver encontraron una nota que decía: «Sabía que pesaba un maleficio sobre mí».

La víctima siguiente fué el joven y alegre príncipe Ali Fahmy Bey, un

(Sigue en quinta plana)

LA VOZ DE LA CALLE

ARTETA

Ayer nos encontramos por las calles de la ciudad a un vallisoletano, a quien se le conoce y estima en los medios literarios, pese a que su ausencia de entre nosotros va ya siendo larga. Nos referimos a don Eusebio Arteta Mateo, uno de los valores vallisoletanos de las últimas décadas.

Por cierto que a Arteta acaban de concederle la Medalla de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, por los méritos que concurren en su persona y los servicios prestados a la enseñanza laboral, ya que lleva varios años dedicado a la dirección del Instituto Laboral de Burgo de Osma. Arteta sigue siendo vallisoletano por los cuatro costados y sigue preocupándole el ambiente literario de aquí.

—Aún recuerdo con nostalgia aquellas peñas del Roulty y aquellas discusiones famosas entre personas bien conocidas en los ambientes literarios de hoy.

—¿Ha cambiado aquel Valladolid?

—No sé, porque estoy un poco desconectado de él. Sin embargo, el premio Ateneo y la prensa local siguen esparciendo a los cuatro vientos la tradición literaria de Valladolid, que sigue arropándose en torno a la Universidad.

Arteta es un entusiasta de Valladolid y dondequiera que se encuentre hace labor de vallisoletanismo. Alguien le ha recordado en el curso de la conversación su gesto simpático de poner en la parte alta de la torre de Burdeos, en medio de cien letreros en francés, uno en español que decía: "Villa por villa, Valladolid en Castilla".

Como vallisoletanos nos alegramos sinceramente del galardón que acaban de concederle.

DIA DE LA A. C.

Se anuncia para el domingo día 29 el propósito de celebrar en Valladolid el «Día de la Acción Católica», coincidiendo con el resto de las diócesis de España. Con este motivo se prepara una serie de actos conducentes a preparar y ambientar este «Día». En la Junta Diocesana de A. C. nos han informado ampliamente de lo que se va a hacer.

—¿A qué tiende el «Día de la Acción Católica»?

—A dar a conocer en todos los ambientes a la Acción Católica, fomentando su estima y animando a todos a colaborar en esta Organización universal, a las órdenes de la Jerarquía.

—¿Qué actos principales se organizan?

—Un pregón que, a manera de prólogo, se dirá este próximo domingo en la sala Cervantes. Hora, doce de la mañana.

—¿Intervendrán?

—Don Pedro Cabrera Araoz y la señorita Isabel Flores de Lemus, ambos de la Junta Nacional, quienes tendrán a su cargo un acto de afirmación de ideales, al que invitamos a todos los vallisoletanos que deseen asistir.

—¿El acto más importante?

—Tendrá lugar el sábado de la semana que viene, por la noche, en la Catedral. A las once y media de la noche habrá una Hora Santa, seguida de misa y homilía, que explicará el señor arzobispo.

—Nos han hablado de que se harán unas ofrendas...

—Efectivamente, en esta misa se harán cinco ofrendas simbólicas, una de la Junta Diocesana y otra de cada uno de los Consejos.

—¿Algún fin específico?

—Sí, la unión, la compenetración de todos los que militamos en obras apostólicas, bajo un mismo denominador común. Por eso, nuestro deseo es que la Catedral sea insuficiente ese día para acoger a tantos vallisoletanos como asistan.

—¿Algo más?

—Sí, que la generosidad de Valladolid tantas veces probada se deje sentir una vez más en la colecta que ha ordenado nuestro prelado se celebre el domingo día 29 en todas las iglesias. La Acción Católica tiene que mantener muchas obras sociales y de otro tipo y precisa, por ello, la ayuda generosa de todos, ya que este medio de obtención de fondos es el único a su alcance.

—¿En los medios rurales también se celebrará este «Día»?

—Nuestro movimiento rural se halla ya en plena actividad preparando minuciosamente el plan, que esperamos sea secundado por todos los pueblos de nuestra Diócesis. Ellos serán quienes les den normas precisas y les fijen los lugares donde han de celebrarse concentraciones de militantes en actos similares al que tendrá por escenario el marco de la sala Cervantes el próximo domingo en Valladolid.

L. MARTINEZ DUQUE

(Ilustración de Medina.)

Última columna

Un cristiano de chaqueta

He releído estos días este tan sugestivo libro del jesuíta padre Carlos Rahner: "La libertad de palabra en la Iglesia". El autor dice que este ensayo "no es sino un breve capítulo de un tema más amplio: la posición y la función de los laicos en la Iglesia". Nos interesa, pues, a ustedes y a mí muy de cerca este asunto.

El centro del ensayo lo constituye este texto de Su Santidad Pío XII en una alocución dirigida al Congreso Internacional de la Prensa Católica, según "L'Osservatore Romano" del 18 de febrero de 1950:

CIUDAD DE DIOS — J. JIMENEZ LOZANO

"Por último —decía el Santo Padre hablando de la opinión pública como patrimonio de cualquier sociedad normal— queremos agregar una palabra acerca de la opinión pública en el seno de la Iglesia (desde luego en lo que respecta a los asuntos que puedan discutirse libremente). Esto les parecerá extraño sólo a quienes no conozcan a la Iglesia católica o que tengan de ella una noción falsa. Pues ella también es una corporación viva, y faltaría algo de su vida si careciera de la opinión pública, defecto cuya culpa recaería tanto sobre los pastores como sobre los fieles..."

Y el padre Rahner comenta: "Al ir cambiando los adversarios de la Iglesia Católica y de Cristianismo, no cambia, por cierto, la verdad cristiana, única y perenne, pero sí, necesariamente, el frente de lucha en que la Iglesia se ve obligada a defender su verdad; es decir, varían los aspectos bajo los cuales la verdad invariable que la Iglesia posee siempre en su total integridad, aparece y se pone de relieve en su propia conciencia. Así, pues, en una época de liberalismo, de la llamada "libertad" de las conciencias habrá de hacer hincapié sobre la autoridad del magisterio eclesiástico instituido por Dios. En una época del Estado totalitario, la Iglesia deberá precisarse a sí misma con mayor claridad ante el peligro de ver confundidas su naturaleza y su acción con las de un Estado totalitario, subrayando la responsabilidad personal y la libertad del individuo en la vida profana y hasta en la vida eclesiástica. Así dirá, por ejemplo —lo que en tiempos pasados no lo ha hecho tan expresamente— que hay y que debe haber también en la Iglesia una opinión pública, a fin de que de este modo se comprenda que la Iglesia no es un Estado totalitario en la dimensión de lo religioso, aunque algunos que se hallan fuera de la Iglesia tengan esa sospecha y la manifiesten constantemente."

Me gustaría seguir enhebrando citas como ésta. Al final del libro, el padre Rahner, dirigiéndose al cristiano laico, le dice: "Hoy, por primera vez, existe un "mundo" en un sentido históricamente nuevo, el mundo que el mismo hombre ha hecho partiendo de la naturaleza; por lo cual, el laico es finalmente el único capaz de cristianizar este mundo que él ha hecho." Ahora pienso en esta tarea que la Iglesia ha echado sobre nosotros, los cristianos de chaqueta, y en la dificultad de ser comprendidos. A veces suscitamos desconfianzas entre los mismos sacerdotes y otras aparecemos a los ojos de los que no están en la Iglesia como menores de edad, soldados sin graduación o habitantes de segunda. Pero la verdad es que el laico no va a usurpar funciones específicas de sacerdotes y sabe bien que su puesto en la Iglesia está con los que escuchan y obedecen. Esta obediencia es también amorosa que nada tiene que ver con las obediencias de este mundo, puesto que sabe que obedeciendo a la mínima indicación de la jerarquía, está obedeciendo a Cristo.

Por esto no discute con la jerarquía ni entabla recursos, pero no desea ser confundido con un adulador o con un hipócrita que cuenta toda clase de mentiras piadosas, porque el Espíritu de Dios dice la Biblia que no es un espíritu de ficción, y la Iglesia, que es "una casa de obediencia", también es una casa de verdad y de libertad. El cristiano preferiría morir a verse separado de la Iglesia, donde tiene el derecho de hablar y ser escuchado, pero tampoco querría por nada verse separado de este mundo de cuya edificación él es directamente responsable. Ama a la Iglesia y ama al mundo. De aquí pueden derivarse ciertas tensiones, ciertos dolores, ciertas incomprensiones; pero él sabe que la Iglesia es para el mundo y el mundo para la Iglesia; ambos para Dios. Esta certeza le sostiene, pero necesita no ser constantemente incomprendido.